

EN EL CEMENTERIO.



Entre muchos defectos,¹ el francés tiene grandísimas cualidades, y una de ellas, á mis ojos, consiste en el culto que rinde á sus muertos.

No iréis á ningun cementerio de París, ya sea dia de fiesta ó de trabajo, donde no halleis siempre mucha gente, público simpático, mudo, triste, melancólico, que va allí á cuidar la tumba de sus séres queridos, sin ocuparse de otra cosa.

Dijérase que todos los que vamos con frecuencia, nos comprendemos con una mirada. La juventud, la hermosura; la elegancia, nada nos llama la atencion. Si al cruzar una calle de sepulturas, un hombre y una mujer se encuentran cara á cara, no se miran como lo harian en la calle ó en un salon. La atmósfera de los muertos borra todo sentimiento mundano.

Aunque yo hubiera sido muy rico, no habria hecho enterrar á mi madre en el Père Lachaise, inmensa ciudad de tumbas magnificas, donde la vanidad ajena puede distraer del dolor que requiere recogimiento. Los cementerios humildes me encantan. Losas funerarias, cruces y flores. ¿Para qué más? Elevar un monumento suntuoso sobre el cadáver de un sér adorado, es acto de soberbia que se compecede muy mal con la poquedad del sér humano.

¡Qué agradable tranquilidad la que se respira en este campo-santo del barrio de Clichy, á la sombra de los frondosos árboles de la plazoleta que rodean los sencillos monumentos elevados por los que quedaron á los que fueron.

Mi madre está allí; su cuerpo reposa bajo un sencillísimo jardin que mis amorosas penas han creado. Los heliotropos y las margaritas

(1) Creemos que del cementerio para acá, cada cual tiene los suyos (N. de la R.)

se entrelazan con las campanillas, y los jazmines. En medio se alza la naciente palmera que sus santas manos cuidaban en el salon, y que hemos trasplantado á la sepultura. Dijérase que del fondo de la tierra se eleva aquel hálito puro, dando su vida á las flores.

La tumba está allá, al fin del largo paseo en que el cementerio termina. Por detrás de la tapia se oye pasar con profundo estruendo el tren de Normandía, y el humo de la locomotora penetra á veces en el sagrado asilo. Despues, queda todo en calma, y solo se oyen las tímidas pisadas de otros tristes como yo, que van con su modesta regadera en la mano á cuidar el jardin de la madre, el hijo ó la esposa.

Santa paz, refugio adorado de las almas tristes. Bien sé yo que el alma voló á otras regiones, y que el culto á la materia que ya será pasto de las orugas, no es sino refinamiento de pesar íntimo é incurable, pero allí en el hoyo profundo que ahora cubren las flores, la ví caer y desaparecer para siempre. Allí está, aunque no esté. Lo que en esta miserable vida vemos, oímos y tocamos, los labios que besaron mi frente, las manos que me enseñaron à andar, los ojos que siguieron mis pasos en la vida, cayeron en aquel hoyo negro que á patetadas de tierra cubrieron indiferentes extraños en tristísimo dia.

Por eso mi salon, mi teatro, mi biblioteca, mi gran mundo, cuanto representa la vida material está allí, y á ello me llevan sin querer los pies que me arrastran hácia lugar tan preferido. ¿Dónde pudiera estar mejor sino junto á la sombra de la única amiga sincera?

Es aquel el único lugar donde mi corazon no se siente morir, como le sucede al tornar al bullicio de la ciudad, que es inmenso desierto desde el dia de la soledad que sin consuelo lloro. Contemplando la tierra que la cubre, paréceme que la siento latir debajo. Su amor maternal, en el silencio de la muerte, despierta en mi memoria. los versos del poeta:

*¡Oh, qué amor tan callado el de la tumba,
qué sueño el de la muerte tan tranquilo!*

Sueño y amor dulcísimos á ningunos otros parecidos, amores desinteresados, cariño que ya en nadie hemos de hallar, muerta aquella cuyo solo nombre es calificativo de todas las cosas grandes. «La madre tierra», «la madre pátria». *¡Madre mia!* suprema expresion de ternura ó dolor, de creencias ó de esperanzas. *¡Madre mia!* decimos á la Virgen, cuyo gran encanto divino es ser madre de Dios. *¡Madre mia!*

resuena por doquier en el sangriento campo de batalla. Yo no hallo ya respuesta para esta exclamacion, yo estoy solo.

Al encontrar al paso tumbas y sepulturas, he podido observar cuán diferente es la tristeza humana expresada sin un epitafio, segun se aplique á tal ó cual ser. Las inscripciones de padres, hijos ó hermanos, no expresan el inmenso dolor que se observa en todas aquellas que anuncian una madre perdida. Los viudos son poco espresivos para sus esposas; los hijos, todos son poetas.

Cuatro dias há, que no léjos de la santa sepultura que mis hijos visitan todos los domingos, estaban enterrando á un pobre. En la fosa comun caia la negra tierra sobre un féretro de madera sin pintar, y toda la familia de obreros, en silencio, contemplaba con ese dolor mudo, que dá frio en el alma, la tristísima operacion postrera.

Hombres, mujeres y niños seguian el movimiento de las toscas manos que arrojaban á compás las paletadas. Inmóviles y callados, todos aquellos prójimos afligidos me interesaban, y á ellos me atrajo la simpatía instantánea que se crea entre los desgraciados.

Cuando ya el féretro desapareció, y la familia toda comenzó á retirarse, me atreví á acercarme al que me pareció más abatido y aún á dirigirle palabras de consuelo.

—Ya ve V., me dijo aquel hombre, que era el viudo de la pobre obrera que acababan de enterrar, la desgracia es así, nunca viene sola. En un año he perdido mi modesto capital, dos hermanas, un hijo, ahora mi esposa. Mi madre dice que nos han echado una maldicion...

—¡Ah! ¿pero tiene V. aún madre?—exclamé.—¿Pues de qué se queja su corazon? Trabajando podrá V. recuperar lo perdido, acaso dentro de un año esté V. casado otra vez, y la mujer le dará nuevos hijos, pero si esa madre que aún vive desaparece, ¿quién la reemplazará? Y el hombre acabó por convencerse.

Y me separé de él, viéndole alejarse con íntima envidia. Un hombre que tiene madre, me decia, un hombre que aún puede ser dichoso. Allá en España cantan:

Ya se me murió mi madre,
ya se acabó mi ventura,
nadie sabe qué son penas
mientras su madre le dura.

Yo he desafiado siempre á la adversa fortuna. La vida es batalla, la lucha es inevitable; desdichado de aquel á quien las amargas le

vencen. El verdadero valor consiste en luchar con lo abstracto, con aquello que no puede recibir estocadas... ¡Ay! Pero estas penas no tienen defensa, este dolo es el único que no consiente lenitivo. El olvido es ofensa.

EUSEBIO BLASCO.

GURE AZKEN-LEKUA.

AMALAUDUNA

Orri igartuak uda azkenean
 Arbolatik dira lurrera jausten,
 Euren izateak bizia galtzean
 Lurrean dirala sats biurtuten:
 Zelan ichasoan ontziak urean
 Markarik ez daben inoz egiten,
 Alan orrichoak zer ziran ez dabe
 Gomutagarririk guretzat isten.
 Bardin ill ziranak toki au largaurik
 Guretzako jareñ eben mundua;
 Nortzuk gaur dagozan geyenak azturik
 Aztu oi dalako iragokua,
 Agaitik orriak legez igarturik
 Obira daukagu jausi-lekua.

FELIPE ARRESE TA BEITIA.

Ochandion 1885.^{ko} Urriko illean.
